

La identidad de la CM al inicio de su quinto centenario

Vinícius Augusto Teixeira, CM



El tema de la identidad vuelve con frecuencia a nuestras reflexiones y discusiones. Aún más en tiempos de cambios radicales en los más distintos ámbitos: antropológico, cultural, social, religioso, eclesial, etc. Vivimos, en efecto, un momento histórico de fuertes incertidumbres e inestabilidades. Por un lado, la crisis global ocasionada por la pandemia del COVID-19 puso de relieve la realidad de un mundo fracturado, haciendo crecer la inseguridad de cara al presente y al futuro. Por otro lado, esta crisis nos ayudó a despertar a la necesidad y la urgencia de volver a lo esencial de la vida, de recuperar valores quizá olvidados, de redescubrir principios y actitudes capaces de humanizar el humano, cualificar las relaciones y recrear la armonía en la Casa Común. El Papa Francisco, con la lucidez que le caracteriza, supo recordarlo en aquella inolvidable oración del 27 de marzo de 2020, en la Plaza de San Pedro completamente vacía: *“La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad”*¹.

Sea como sea, lo asombroso y desconcertante del *cronos* no nos impide reconocer lo fecundo y prometedor del *kairos* que se deslinda en nuestro horizonte existencial e histórico. El momento requiere oración más constante, reflexión más profunda, discernimiento más atento, decisiones más audaces. Un buen comienzo puede ser sumergirnos en el tema de la identidad que nos constituye, puesto que, sin saber quiénes somos o a qué estamos llamados, no podemos vivir con sentido, actuar con entusiasmo y hablar con convicción. Nos faltarían densidad, consistencia y dinamismo. La CM se ve interpelada a recorrer este camino de apropiación y reconfiguración de su identidad espiritual y apostólica ante los desafíos y llamadas del momento presente. Se trata, entonces, de escuchar la voz del Espíritu que le dice: *“Mantén con firmeza lo que tienes, para que nadie te arrebatte tu corona”* (Ap 3,11). En esta línea se pone la 43 Asamblea General, invitándonos a rezar y a reflexionar sobre el tema: *Revitalizamos nuestra identidad al inicio del V centenario de la CM*. Con ese propósito, nos exhortó el P. Tomaž Mavrič: *“Nuestra próxima Asamblea General se celebrará, Dios mediante, 405 años después del momento inspirado por Dios en Folleville. Necesitamos tener sed, aspirar y apuntar nada menos que al fuego interior y al celo misionero que llevó a nuestros primeros cohermanos a seguir a Jesús, evangelizador de los pobres. Necesitamos esforzarnos para una nueva primavera, un nuevo Pentecostés”*².

¹ *La vida después de la pandemia*. Vaticano: Liberia Editrice Vaticana, 2020, p. 21.

² Carta del Superior General, de 25 de enero de 2020. La 43 Asamblea General de la CM tendrá lugar entre los días 27 de junio y 15 de julio de 2022.

Dentro de los límites impuestos por el espacio de que disponemos aquí, trataremos el asunto a partir de tres puntos: presentaremos unos presupuestos metodológicos de la identidad vicenciana (I), recordaremos sus aspectos nucleares (II) y aludiremos a algunos riesgos o tendencias que nos pueden detener en el esfuerzo de actualizar nuestra identidad (III). En todo ello, valga el recuerdo de que la revitalización de la identidad de la CM exige e integra los ámbitos personal, comunitario e institucional (Provincia y Congregación en general), ya que todo cambio estructural tiene su punto de partida en la vida de aquellos que intuyen su necesidad y lo promueven con rectitud e ilusión.

I – Tres presupuestos de la identidad vicenciana

Conviene empezar por una aclaración respecto al tema de la identidad, su significado y su alcance. Nos fijaremos en tres puntos que encuentran respaldo en la experiencia del mismo San Vicente de Paúl, en su esfuerzo encomiable de definición del perfil de sus fundaciones.

- 1. Identidad es la manifestación visible de lo que nos constituye esencialmente**, es la realización histórica de lo que estamos llamados a ser. Valiéndonos de una sugerente imagen del propio San Vicente, podríamos decir que la identidad se asemeja al rostro, *“que es testigo del corazón”* (ES IX-A, 398|SV IX, 435)³. Dirá, pues, el fundador, en otra ocasión, recurriendo a la misma imagen: *“Los rostros son signos de la disposición del corazón, ya que, ordinariamente, dan testimonio de lo que hay en el interior”* (ES IX-B, 892|SV IX, 304)⁴. Aplica la misma lógica al explicitar las virtudes que definen el espíritu de las Hijas de la Caridad: *“El que os vea, tiene que conoceros por esas virtudes”* (ES IX-A, 537|SV IX, 596)⁵. Es decir, las intenciones, sentimientos y disposiciones que albergamos en nuestro interior se reflejan en la exterioridad de nuestra conducta, en nuestras palabras y acciones, en nuestras opciones y compromisos. Así, la identidad nos distingue de los demás, realizando y haciendo palpables nuestros rasgos característicos. Al igual que toda identidad espiritual y apostólica, la identidad vicenciana posee una doble estructura: *interior* o *carismática*, que se centra en una experiencia fundante, la del encuentro con Jesucristo, evangelizador de los pobres, de la que brotan valores, convicciones y motivaciones; y *exterior* o *profética*, lo que se traduce en un modo de ser y actuar, en un estilo de vida marcadamente caritativo y misionero. El fundador supo explicitarlo al delinear la fisonomía de la CM con estas palabras: *“Lo específico suyo es dedicarse, como Jesucristo, a los pobres”* (ES XI-A, 387|SV XII, 79)⁶. La dimensión interior alimenta e impulsa la exterior, así como la dimensión exterior concreta y actualiza la interior. Valga aquí, bien entendido, lo que escribió el filósofo cristiano E. Mounier al referirse a la existencia de la persona encarnada en la historia: *“Sin la vida exterior, la vida interior sería incoherente, tal como, sin vida interior, aquella no sería más que delirio”*⁷. Esta es, pues, la primera noción de identidad que podemos sacar de las intuiciones de Vicente de Paúl: nuestra vocación posee una fisonomía propia, un rostro que la define y visibiliza, una manera específica de situarse en la Iglesia y el mundo, según el carisma que el Espíritu nos comunicó a través del fundador.

³ Conferencia sobre el espíritu del mundo, del 28 de julio de 1648.

⁴ Conferencia sobre el uso de los bienes puestos a disposición de las Hermanas, del 5 de agosto de 1657.

⁵ Conferencia sobre el espíritu de la Compañía, del 9 de febrero de 1653.

⁶ Conferencia sobre la finalidad de la CM, del 6 de diciembre de 1658.

⁷ *O personalismo*. São Paulo: Centauro, 2004, p. 66.

2. La identidad vicenciana se configura en un proceso dialéctico, en una permanente y saludable tensión entre fidelidad y creatividad. Se trata, por lo tanto, de una *"trayectoria trazada entre dos rocas: la de la esencia heredada y la de la existencia históricamente construida"*⁸. Somos, al mismo tiempo, *herederos y artesanos* de nuestra identidad. Hablando, en cierta ocasión, a las Hijas de la Caridad, San Vicente se mostró muy consciente de ese dinamismo que caracteriza el espíritu o la identidad de una comunidad apostólica: *"Ya veis cuál ha sido el comienzo de vuestra Compañía. Y así, como no era entonces lo que es ahora, es de creer que no es todavía lo que será cuando Dios la haga llegar al estado en que la quiere"* (ES IX-A, 234|SV IX, 245)⁹. La identidad vicenciana se presenta como don y tarea; no sólo un testamento recibido del pasado, sino también una meta que tenemos que alcanzar, un propósito que necesitamos asumir, día tras día, siempre en búsqueda de la unidad que le da sentido y consistencia¹⁰. Del mismo modo, así como una planta reclama la savia que le viene de sus raíces y que la robustece, también la identidad necesita alimentarse continuamente de la inspiración que la hizo nacer y que la mantiene *dinámica*, o sea, abierta a oportunas adecuaciones, y *actual*, capaz de responder eficazmente a los desafíos de cada momento histórico. Cuando la herencia se impone como algo hermético o cuando la construcción de lo nuevo descuida las raíces, la identidad se empobrece y difumina¹¹. Lo nuevo que deseamos ofrecer a los pobres y a la Iglesia, como herederos y artesanos de la identidad vicenciana, no puede prescindir de la riqueza de la herencia que nos legó el fundador y que tiene sus raíces en el Evangelio que enmarcó toda su existencia. En efecto, para ser *originales*, tenemos que *volver a los orígenes*, a lo que tenemos de más genuino. El Papa Francisco supo actualizar esa convocatoria: *"Poner atención en la propia historia es indispensable para mantener viva la identidad y fortalecer la unidad de la familia y el sentido de pertenencia de sus miembros. No se trata de hacer arqueología o cultivar inútiles nostalgias, sino de recorrer el camino de las generaciones pasadas para redescubrir en él la chispa inspiradora, los ideales, los proyectos, los valores que las han impulsado, partiendo de los fundadores y fundadoras y de las primeras comunidades"*¹². Quien quiera estar al tanto de la identidad vicenciana, tiene que volver a las fuentes para imbuirse de la riqueza original y creativa del carisma y, así, avanzar con más perspicacia y vigor en la dirección de los retos y exigencias de la misión en los distintos contextos actuales.

3. Construir una identidad abierta, dialogal e interactiva. En muchas ocasiones, nuestro fundador se mostró convencido de la importancia de una apropiación amplia y profunda de lo específico de nuestra vocación. Con todo, era sabedor de que eso no implicaba ningún complejo de superioridad o aislamiento narcisista. En cambio, San Vicente insistía en que sus Padres y Hermanos supieran reconocer los méritos de las diferentes familias espirituales existentes en la Iglesia, preconizando así lo que se entiende hoy como *complementariedad y convergencia* entre los carismas y ministerios que enriquecen la misión compartida del pueblo de Dios: *"Dios ha suscitado a esta Compañía, como a todas las demás, por su amor y beneplácito. Todas tienden*

⁸ SUESS, Paulo. *Introdução à Teologia da Missão*. Convocar e enviar: servos e testemunhas do Reino. Petrópolis: Vozes, 2007, p. 186.

⁹ Conferencia sobre el amor a la vocación y la asistencia a los pobres, del 13 de febrero de 1646.

¹⁰ Sobre el carácter evolutivo de toda identidad, ver: BAUMAN, Zigmunt. *Identidade*. Entrevista a Benedetto Vecchi. Rio de Janeiro: Zahar, 2005, pp. 16-31. En la perspectiva cristiana: BÜHLER, Pierre. A identidade cristã: entre a objetividade e a subjetividade. *Concilium*, 216 (1988/2), pp. 25-27.

¹¹ Cf. SUESS. *Introdução à Teologia da Missão*, p. 185-188.

¹² Carta Apostólica para la proclamación del Año de la Vida Consagrada, n. 1.

a amarle, pero cada una lo ama de manera distinta: los Cartujos por la soledad, los Capuchinos por la pobreza, otros por el canto de sus alabanzas; y nosotros, hermanos míos, si tenemos amor, hemos de demostrarlo llevando al pueblo a que ame a Dios y al prójimo, a amar al prójimo por Dios y a Dios por el prójimo” (ES XI-B, 553|SV XII, 262)¹³. El mismo Vicente de Paúl orientó y acompañó de cerca la fundación y el florecimiento de varias comunidades religiosas, ayudándolas a discernir y asimilar sus respectivas identidades¹⁴. Sabía que, por designio de Dios, a cada identidad carismática le corresponde una visión de Jesucristo y una dimensión de su misión salvífica: *“Las congregaciones que hay en la Iglesia de Dios miran a nuestro Señor de diversas formas, según los diversos atractivos de su gracia, según las luces y las ideas diferentes que él les da, a cada una en su estado; y por eso le honran y le imitan de diversas maneras”* (ES XI-B, 571|SV XII, 284)¹⁵. La conclusión es obvia: somos *distintos*, pero no *distantes*. Ningún carisma por sí solo abarca todas las necesidades del pueblo de Dios. Los diferentes carismas que impulsan la vida de la Iglesia son identidades en permanente relación y deben interactuar con miras a la misión común de difundir el Reino en la historia, manteniendo íntegro cada una lo que le es peculiar. En este campo, no hace falta demarcar rígidas fronteras de separación, cediendo a comparaciones superficiales y a clichés desdeñosos, que proceden por generalización. Es lo que ocurre, por ejemplo, cuando se asocia, sin más, el individualismo y la acomodación al estilo de vida del clero diocesano. Sabemos, sin embargo, que no son pocos los sacerdotes diocesanos comprometidos con las exigencias de su vocación, ejemplares en el cultivo de la vida espiritual, de la caridad pastoral y de la fraternidad presbiteral¹⁶. En el diálogo y la colaboración con otras identidades, la identidad vicenciana se profundiza y enriquece, aportando su contribución específica a la misión de la Iglesia. Como subrayó el Papa Francisco: *“La experiencia más hermosa es descubrir con cuántos carismas distintos y con cuántos dones de su Espíritu el Padre colma a su Iglesia. Esto no se debe mirar como un motivo de confusión, de malestar: son todos regalos que Dios hace a la comunidad cristiana para que pueda crecer armoniosa, en la fe y en su amor, como un solo cuerpo, el cuerpo de Cristo”*¹⁷.

En estos presupuestos, descubrimos un triple acicate: sumergirnos siempre más en la rica *singularidad* de esta herencia espiritual y apostólica que conforma la identidad vicenciana;

¹³ Conferencia sobre la caridad, del 30 de mayo de 1659. También a las Hijas de la Caridad, en la conferencia del 9 de febrero de 1653, les dirá el fundador: *“Todos los cristianos, hermanas mías, están obligados a la práctica de estas virtudes (caridad, sencillez y humildad), pero las Hijas de la Caridad tienen esta obligación de una forma especial (...). Los Cartujos están obligados a la práctica de todas las virtudes, pero se dedican muy especialmente a cantar las alabanzas de Dios. Los Capuchinos también tienen obligación de practicar todas las virtudes, pero ninguna estiman tanto como la virtud de la pobreza. De la misma manera, Dios quiere que las Hijas de la Caridad se dediquen especialmente a la práctica de tres virtudes, la humildad, la caridad y la sencillez”* (ES IX-A, 537|SV IX, 596).

¹⁴ Sirva de ejemplo el caso emblemático de la *Unión Cristiana de San Chaumont*, fundada en 1652, por la señora De Pollalion, estrecha colaboradora del Padre Vicente de Paúl en las Cofradías de la Caridad. Desde sus orígenes hasta hoy, esta congregación religiosa reconoce a San Vicente como su fundador al lado de la mencionada señora (cf. PEYROUS, Bernard; TEISSEYRE, Charles. *Une tradition spirituelle: l'Union-Chrétienne de Saint-Chaumont*. Poitiers: Union-Chétienne, 2000, especialmente las páginas 45-53).

¹⁵ Conferencia a los Misioneros sobre el buen uso de las calumnias, del 6 de junio de 1659.

¹⁶ En este punto, el clero secular puede beneficiarse enormemente de las llamadas Fraternidades, Asociaciones o Institutos Sacerdotales, como los que siguen las respectivas espiritualidades del Beato Charles de Foucauld (*Jesús Caritas*), del Beato Antonio Chevrier (*Prado*) y del Beato Santiago Alberione (*Jesús Sacerdote*). Quizá un día podamos ofrecer ayuda similar a los presbíteros diocesanos, transmitiéndoles la riqueza de la espiritualidad vicenciana aplicada a lo específico de su forma de vida.

¹⁷ Audiencia general del 1 de octubre de 2014.

apropiarnos del *dinamismo* que caracteriza nuestra identidad, manifestando su jovialidad carismática y misionera en nuestras respuestas a los retos de cada momento y de cada realidad; y establecer *puentes de diálogo y colaboración* con otras identidades al servicio de la misión común de sembrar la Buena Nueva con palabras y obras. Seremos, entonces, como aquel discípulo del Reino que saca de su arca cosas nuevas y viejas (cf. Mt 13,52).

II – Ejes de la identidad vicenciana de la CM

Antes de discurrir sobre los fundamentos de la identidad vicenciana en la CM, es importante al menos recordar los principios de revitalización identitaria sugeridos por el Concilio Vaticano II (1962-1965), en su Decreto *Perfectae caritatis* (n. 2): la norma suprema del Evangelio, la inspiración y las intenciones de los fundadores, la tradición y el magisterio de la Iglesia, las legítimas esperanzas y necesidades de nuestros contemporáneos y, por fin, el primado de la renovación espiritual que debe influir en todas las otras dimensiones de la vida. Es siempre bueno refrescar lo ya sabido para que no caiga en la rutina. Esta *vuelta a lo esencial* propugnada por el Vaticano II constituye un elemento teológico irrenunciable. De hecho, la raíz última de nuestra identidad es esencialmente teológica y jamás se reduce a aspectos de orden meramente filosófico, psicológico, sociológico u operativo¹⁸. Además, la identidad de la CM está sintetizada en las páginas de las Constituciones (1984) – también ellas ya necesitadas de adecuaciones para responder mejor a los retos de un mundo que cambia radical y vertiginosamente – especialmente en la acertada formulación de su finalidad (CC 1).

Volver a las fuentes y traducir esa esencia de manera significativa y relevante para nuestros días es el esfuerzo más importante que se debe emprender con el fin de revitalizar nuestra identidad. Por ello, no estamos autorizados a dar por supuestos valores y principios que – aunque muy leídos, estudiados y debatidos – en la práctica no se revelan suficientemente asimilados y siguen siendo imprescindibles e incluso inaplazables. La renovación y revitalización del carisma vendrá por la vía de una doble fidelidad: a los valores esenciales que integran el proyecto original del fundador y a los cambios históricos de cada época. Y esa doble fidelidad se efectúa al precio de un cuidado discernimiento y de una continua conversión personal, comunitaria e institucional¹⁹. Sólo así, la CM llegará a ser *siempre la misma en permanente novedad* (*semper idem in novitate*), puesto que, como decía el gran místico y pastor, Don Helder Camara: “*Hay que cambiar mucho para seguir siendo el mismo*”, o sea, para vivir y actuar desde lo esencial, al cual necesitamos siempre volver para recuperar nuestra riqueza propia. Nos encontramos, una vez más, frente al desafío de conjugar fidelidad creciente y creatividad audaz, como ha recordado un reciente documento de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica: “*Aquello que se quiere conservar se ha de actualizar continuamente. Fidelidad, por lo tanto, se conjuga con creatividad: algo debe cambiar y algo debe mantenerse. Lo importante es discernir lo que en la perseverancia debe permanecer de lo que, por el contrario, puede y debe cambiar*”²⁰.

¹⁸ Cf. CODINA, Víctor. Teologías da Vida Religiosa. In: CODINA; ZEVALLOS, Noé. *Vida Religiosa: história e teologia*. Petrópolis: Vozes, 1987, pp. 122-125. | Ver también: VITÓRIO, Jaldemir. *A pedagogia na formação: reflexão para formadores na Vida Religiosa*. São Paulo: Paulinas, 2008, pp. 20-24.

¹⁹ Cf. QUINTANO, Fernando. *Palabras y escritos esenciales*. Madrid: CEME|La Milagrosa, 2020, pp. 319-321.

²⁰ *El don de la fidelidad. La alegría de la perseverancia*. Orientaciones (2020), n. 32.

Nos incumbe, por lo tanto, la tarea de encarnar e irradiar el espíritu evangélico y vicenciano que define nuestra identidad. Y tenemos que hacerlo desde la manera como vivimos los aspectos constitutivos de nuestra forma de vida (oración, ministerios, obras, comunidad, virtudes, votos, eclesialidad, secularidad, etc), dentro de las múltiples circunstancias en que nos situamos como depositarios y dispensadores del carisma recibido del Espíritu a través de San Vicente. Debido a la exigüidad del espacio, mencionamos a continuación sólo los tres principales ejes o núcleos de la renovación identitaria de la CM según la sabiduría del fundador actualizada en las Constituciones.

- 1. La centralidad de Jesucristo.** El primerísimo eje de la identidad vicenciana no es otro sino la absoluta centralidad de Jesucristo en nuestra vida de Misioneros²¹. Cristo es la *roca firme* sobre la cual tenemos que construir el edificio de nuestra vocación (cf. Mt 7,24). San Vicente lo expresó de muchas y variadas formas, con una insistencia sin parangón, transmitiendo así su misma experiencia, la experiencia de alguien que decidió *“consagrar toda su vida, por amor a Jesucristo, al servicio de los pobres”*, según el propósito que asumió aún alrededor de los 30 años, cuando se hallaba envuelto en una tentación contra la fe²². A los Misioneros les dirá, reiteradamente, que *“Cristo es la regla de la Misión”* (ES XI-B, 429|SV XII, 130)²³, *“el modelo verdadero y el gran cuadro invisible con el que hemos de conformar todas nuestras acciones”* (ES XI-A, 129|SV XI, 212)²⁴. Por ello, *“hay que revestirse del espíritu de Jesucristo (...), para vivir y obrar como vivió nuestro Señor y para hacer que su espíritu se muestre en toda la Compañía y en cada uno de los misioneros, en todas sus obras en general y en cada una en particular”* (ES XI-A, 410|SV XII, 107-108)²⁵. De esa relación de comunión y amistad con Jesucristo, cotidianamente profundizada en la contemplación y en la misión, nace una nueva manera de relacionarse con Dios y con los demás, una nueva visión de fe. Por todo eso, Jesucristo es el principio orientador de la existencia del Misionero y el criterio iluminador de sus discernimientos y decisiones: *“Para usar bien de nuestro espíritu y de nuestra razón, hemos de tener como regla inviolable la de juzgar en todo como ha juzgado nuestro Señor; repito, juzgar siempre y en todas las cosas como él, preguntándonos cuando se presente la ocasión: ‘¿Cómo juzgaba de esto nuestro Señor? ¿Cómo se comportaba en un caso semejante? ¿Qué es lo que dijo? Es preciso que yo ajuste mi conducta a sus máximas y a su ejemplo’. Sigamos esta norma, hermanos míos, caminemos por este camino con toda seguridad”* (ES XI-A, 468|SV XII, 178)²⁶. Todo y cualquier esfuerzo de revitalización identitaria tiene que partir de Jesucristo. Y más: del Cristo a quien Vicente de Paúl encontró, contempló y siguió a lo largo de su trayectoria, el Cristo enviado por el Padre para evangelizar a los pobres, que consumió toda su existencia histórica en el cumplimiento de la voluntad salvífica de aquél que le envió para esparcir las semillas del Reino en el terreno de la historia. La 42 AG (2016) lo recordó tajantemente: *“Jesucristo es el centro de nuestra vida y misión, regla para nuestra identidad, contenido de nuestra predicación, razón de nuestra pasión por los pobres”*

²¹ Sobre el tema, hay abundante bibliografía. Aquí, nos hemos servido sobre todo de: RENOUIER, Jean-Pierre. *Saint Vincent de Paul, maître de sagesse: initiation à l'esprit vicentien*. Bruyères-le-Châtel: Nouvelle Cité, especialmente la segunda parte, pp. 79-107. | UBILLÚS, José Antonio. Volver a Jesús para evangelizar. *Anales de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad*, Madrid, tomo 123, n. 3, mayo-junio 2015, pp. 251-265.

²² *La vie du vénérable serviteur de Dieu Vincent de Paul, instituteur et premier supérieur général de la Congrégation de la Mission*. Paris: Florentin Lambert, 1664, tomo III, p. 118.

²³ Conferencia sobre la búsqueda del Reino de Dios, del 21 de febrero de 1659.

²⁴ Repetición de Oración del 1 de agosto de 1655.

²⁵ Conferencia sobre los miembros de la Congregación de la Misión y sus ocupaciones, del 13 de diciembre de 1658.

²⁶ Conferencia sobre la sencillez y la prudencia, del 21 de marzo de 1659.

(2.1.). En este punto, tenemos que preguntarnos cómo anda nuestra relación de amistad y comunión con el Señor, cómo la nutrimos personal y comunitariamente. Se trata, pues, del cultivo de la vida interior que nos identifica como Misioneros y que alienta nuestra búsqueda de santidad en lo cotidiano. En muchos sitios, los miembros de la Congregación se hicieron conocidos por la generosidad de la entrega y la disponibilidad para los servicios. Ojalá seamos conocidos también por la fecundidad de una vida espiritual que se irradia y que contagia a quienes conviven y trabajan con nosotros. ¿Permitimos que Cristo sea, de hecho, la vida de nuestra vida de Misioneros? ¿Aseguramos la circularidad entre el Evangelio que meditamos, la Eucaristía que celebramos y los Pobres a quienes servimos, como mediaciones privilegiadas de nuestro encuentro diario con el Señor? Para nosotros, ¿el seguimiento de Jesucristo evangelizador de los pobres es realmente el impulso de la mística y de la ética que se expresan en la vivencia de las cinco virtudes y de los votos?

2. **Destinados a los pobres.** Una de las más firmes convicciones de San Vicente se refiere a la evangelización integral de los pobres como razón de existir de la Congregación²⁷. De hecho, la *fidelidad* a la vocación está íntimamente asociada a su *finalidad*. Eso significa que, en la perspectiva del carisma vicenciano, la caridad y la misión tienen una dirección inequívoca: los más pequeños de los hermanos (cf. Mt 25,40), aquellos que carecen de lo indispensable para una vida digna y feliz, los que no nos pueden retribuir por lo que les hacemos (cf. Lc 14,12-13). Se trata, pues, de los pobres reales y concretos, los postergados y descartados de la sociedad, aquellos que – además de las pobreza existenciales, psicológicas, morales, espirituales, etc. – cargan con la privación de lo *mínimo vital*, victimados por el egoísmo y la injusticia que les hiere la dignidad. Junto a ellos, mediante una *presencia* compasiva, una *evangelización* creativa y un *servicio* eficaz, continuamos la misión del Hijo de Dios: “*Sí, nuestro Señor pide de nosotros que evangelicemos a los pobres: es lo que él hizo y lo que quiere seguir haciendo por medio de nosotros*” (SV XI-A, 386|SV XII, 79). Como se puede inferir fácilmente, la opción radical de Vicente de Paúl por los pobres nada tiene de ideología sectaria o de mera estrategia operativa. Ella nace de una exuberante experiencia de fe, del misterio de su vocación, de su encuentro personal con Jesucristo, que lo remite sin cesar a los últimos de este mundo. El Evangelio es la regla suprema de la vida de Vicente y la pauta de su actuación en la Iglesia y en la sociedad de su tiempo, la clave y el cauce de su compromiso con los pobres en el seguimiento de Jesucristo. En una memorable conferencia, el fundador alude a posibles cuestionamientos u objeciones que podrán surgir alrededor del tema de la evangelización de los pobres como corazón pulsante de la identidad de la CM en la Iglesia. Y añade una clarísima descripción de la originalidad de la Compañía, constituida por Dios para prolongar la misión de Jesucristo. Una gracia que requiere el compromiso de la correspondencia y de la conformidad, cotidianamente renovadas: “*Pero no hay en la Iglesia de Dios una compañía que tenga como lote propio a los pobres y que se entregue por completo a los pobres (...); y de esto es de lo que hacen profesión los Misioneros; lo especial suyo es dedicarse, como Jesucristo, a los pobres. Por tanto, nuestra vocación es una continuación de la suya o, al menos, puede relacionarse con ella en sus circunstancias*” (ES XI-A, 387|SV XII,

²⁷ Sobre este tema, en toda su riqueza y amplitud, no conocemos una referencia más sólida que ésta: GROSSI. *Um místico da Missão, Vicente de Paulo*. 2ª ed. Belo Horizonte: PBCM, 2016, pp. 49-112. Ver también: FERNÁNDEZ, Celestino. El pobre en el corazón de San Vicente. VV.AA. *La experiencia espiritual de San Vicente de Paúl*. 35 Semana de Estudios Vicencianos. Salamanca: CEME, 2011, pp. 507-529.

79-80)²⁸. En la visión de fe que nos brinda San Vicente, el Misionero está llamado a redescubrirse cada día como amigo, evangelizador y siervo de los pobres. La 42 AG quiso resaltar esa verdad inscrita en el corazón de la identidad vicenciana: *“Los pobres constituyen nuestro lote propio, nuestra heredad; a ellos se dirige nuestra acción evangelizadora; ellos son también nuestros primeros interlocutores. En el contacto directo con ellos, los pobres nos evangelizan (...). Nuestra relación con los pobres, con los mismos sentimientos de Cristo Jesús, nos identifica como misioneros (lo contrario a funcionarios)”* (n. 2.3.). Para nosotros, la misión no es una actividad profesional, es expresión privilegiada de la conformidad con Jesucristo, de nuestra entrega a Dios. Necesitamos, pues, dedicar tiempo y atención al discernimiento sobre nuestra presencia misionera junto a aquellos a los que somos destinados por fuerza de nuestra vocación específica. Es hora, pues, de revisar el sentido actual, la relevancia carismática y la actualidad profética de nuestros ministerios, proyectos y obras. ¿Los lugares donde nos situamos, los servicios que prestamos y la manera como lo hacemos ponen de manifiesto la verdad de lo que somos como evangelizadores de los pobres? ¿O nos contentamos cómodamente con el mantenimiento de estructuras rentables, limitándonos a un pastoral de mera conservación? ¿Cultivamos la libertad interior y la lucidez espiritual para movernos en otras direcciones, descubrir caminos nuevos y emprender acciones creativas y eficaces de acercamiento a la realidad de los pobres y de respuesta a las llamadas de las realidades donde se desarrolla nuestra misión? El pontificado actual, tan concorde con nuestro carisma, pide de nosotros el coraje de situarnos en las fronteras, en las márgenes, en las afueras, con auténtico sentido evangélico y vicenciano. ¡Que nos hable y aliente la promisora Encíclica *Fratelli tutti!*

3. Formar al clero y a los laicos en y para la caridad misionera. Asegurada la inigualable prioridad de la evangelización de los pobres, como finalidad precípua de la CM, la formación del clero y de los laicos se levanta como un aspecto irrenunciable de la identidad vicenciana²⁹. El mismo San Vicente lo dijo: *“Pues bien, lo más importante de nuestra vocación es trabajar por la salvación de las pobres gentes del campo, y todo lo demás no es más que accesorio”* (ES XI-A, 55|SV XI, 133)³⁰. Por el bien de los pobres, para que el mensaje del Evangelio se consolidara entre ellos, Vicente de Paúl se comprometió a la formación de los sacerdotes y a la animación de los laicos, invitándoles a reavivar el don de Dios que les había sido confiado (cf. 2Tm 1,6). Aunque tácitamente, el Documento de la 42 AG no dejó de remarcar este rasgo constitutivo de nuestra fisionomía. Y lo hizo en el marco de las *Líneas de Acción y Compromisos*: *“Compartir el sentido misionero y eclesial de nuestra evangelización y nuestro servicio a los pobres, con la formación de clérigos y laicos, sobre todo para el liderazgo misionero”* (n. 3.5.d)³¹. Hoy como ayer, la Iglesia necesita laicos y presbíteros convencidos, coherentes y comprometidos, virtuosos y capacitados para el servicio del Reino.

A) En su floreciente actividad apostólica, el Padre Vicente intuye que, para *“hacer efectivo el Evangelio”* (ES XI-A, 391|SV XII, 84), era imperioso dotar a la Iglesia de pastores sabios y

²⁸ Conferencia sobre la finalidad de la Congregación de la Misión, del 6 de diciembre de 1658.

²⁹ Sobre los dos temas, ver: FARÌ, Salvatore. *La formazione iniziale al Presbiterato nell'esperienza vincenziana*. Roma: CLV, 2009 | RENOUIARD, Jean-Pierre. Los laicos y el Señor Vicente. In: VV.AA. *Avivar la Caridad*. Salamanca: CEME, 1998, pp. 71-94.

³⁰ Repetición de Oración del 25 de octubre de 1643.

³¹ El ítem siguiente también se refiere al asunto: *“Preparar entre los nuestros, así como entre los laicos y el clero, agentes para el Cambio Sistémico que lo hagan vivo y lo promuevan”* (n. 3.5.e).

humildes, que estuvieran al servicio del pueblo, allí dónde éste vivía, sufría y esperaba, en el campo y en las ciudades. Por ello, establecerá la formación del clero como actividad propia de su Congregación, un despliegue necesario de la evangelización de los pobres: *“El tercer fin de nuestro humilde instituto es instruir a los eclesiásticos, no solamente en las ciencias, para que las sepan, sino en las virtudes para que las practiquen. ¿De qué sirve enseñarles las unas sin las otras? Nada o casi nada. Necesitan capacidad y una buena vida; sin ésta, aquella es inútil y peligrosa. Tenemos que llevarlos igualmente a las dos; eso es lo que Dios pide de nosotros”* (ES XI-A, 390|SV XII, 83)³². Pasados los tiempos álgidos de la actuación de la CM en la formación de los eclesiásticos, nos cabe ahora identificar nuevas maneras de concreción de esta dimensión de la finalidad de la Congregación. Necesidad no falta, como no faltan tampoco posibilidades, sobre todo donde hay insuficiencia de formadores, en Iglesias Particulares marcadas por la carencia pastoral y económica. Pensemos, por ejemplo, en la ayuda que podemos ofrecer a través de un serio y cuidado acompañamiento espiritual, de la orientación de ejercicios espirituales, del magisterio seminarístico y académico, de programas de formación inicial y permanente, de la cooperación pastoral y sobre todo de nuestro testimonio personal y comunitario. Quizá sin el mismo protagonismo de antes (rektorados de grandes seminarios, por ejemplo), pero sin menoscabo de la hondura espiritual, la consistencia intelectual y el celo apostólico que la tarea exige. Pensemos aún en la extendida experiencia del diaconado permanente, que suele suscitar vocaciones autóctonas en lugares más remotos (entre los pueblos indígenas de la Amazonía, por ejemplo). En el ejercicio armonioso de la doble ministerialidad (Matrimonio y Orden), muchos diáconos se constituyen en valiosos misioneros en diversas periferias o fronteras. El campo de la formación del clero sigue siendo vasto y necesita ser redescubierto, aún más teniendo en cuenta las crisis que afectan el momento actual.

- B)** El protagonismo de los laicos en la vida y la misión de la Iglesia, que habría de ser reconocido y alentado por el Vaticano II³³, encontró en Vicente de Paúl un auténtico y entusiasta precursor. Toda su acción caritativo-misionera fue acompañada y enriquecida por la colaboración cualificada de seglares verdaderamente identificados con su ideal apostólico y contagiados por su coherencia evangélica. El Padre Vicente despierta a mujeres y hombres para afrontar las miserias y necesidades de su tiempo, les comunica una vigorosa experiencia de fe y compromete la inteligencia y sensibilidad de ellos en la evangelización y el servicio de los pobres. Desde el comienzo hasta el final de su itinerario pastoral, Vicente será acompañado de cerca por laicos y laicas que comparten su pasión por Cristo y su compasión por los que sufren. El laicado está, por lo tanto, en el origen y el desarrollo de la caridad y la misión. Si *“la Iglesia es como una gran mies que requiere obreros que trabajen”* (ES XI-B, 734|SV XI, 41)³⁴, pocos han sabido dinamizarla tan fuertemente en su fidelidad al Evangelio como Vicente de Paúl, reuniendo personas decididamente orientadas a la santidad en el seguimiento de Jesucristo y en la solicitud hacia los desheredados de la historia. Tenía razón San Juan Pablo II al decir de nuestro fundador: *“La vocación de este genial iniciador de la acción caritativa y social ilumina todavía hoy el camino de sus hijos e hijas, de los laicos que viven de su espíritu, de los jóvenes que buscan la clave de una vida útil y gastada radicalmente*

³² Conferencia sobre la finalidad de la CM, del 6 de diciembre de 1658.

³³ Ver, por ejemplo: *Lumen Gentium*, n. 31 | *Apostolicam actuositatem*, n. 8.

³⁴ Esquema de una conferencia sobre el amor de Dios. No fechada.

*en el don de sí mismos*³⁵. Estamos desafiados a proporcionar una formación consistente a los seglares que colaboran con nosotros en el servicio de la caridad misionera, con particular atención a los miembros de la Familia Vicenciana, pero también a los de nuestras parroquias, colegios, universidades y obras en general, abriendo caminos para impulsar el protagonismo de los laicos en los ministerios y en las instancias eclesiales de decisión, así como en los ámbitos de la sociedad, la cultura y la política, de modo que trabajemos todos juntos, en una permanente complementariedad, en la construcción de un mundo más fraterno y solidario, anticipo del Reino que es don y responsabilidad.

III – Tendencias o riesgos

No hay duda de que la ardua y apasionante tarea de revitalizar la identidad de la CM requiere al menos tres movimientos íntimamente relacionados entre sí: la creciente profundización o compenetración de los valores esenciales que integran la visión original del fundador, la mirada de fe hacia los cambios y perspectivas que caracterizan el momento presente de la historia y la puesta en marcha de un nuevo proyecto de vida y misión que conlleve y actualice los aspectos constitutivos de nuestro núcleo identitario. La *Instrucción sobre los votos* supo resumir con lucidez y claridad ese reto que tenemos por delante:

*“La misma inspiración original de san Vicente y de sus primeros compañeros sigue convocando hoy a la CM. Jesús, el evangelizador de los pobres, continúa llamándonos hoy a seguirle en su caminar entre los abandonados y marginados. La respuesta de la CM, cimentada sobre el compromiso radical de cada uno a seguir como discípulo a Jesús, es una acción comunitaria. Durante la vida de San Vicente, las necesidades más urgentes de los pobres, la misión apostólica, la vida común, la llamada a ser discípulo de Jesús, así como el ejemplo del mismo San Vicente, fueron capaces de crear un dinamismo que dotó a la naciente CM de su identidad específica. Fiel a esa tradición, la Congregación se esfuerza por seguir el soplo del Espíritu en los sucesos y situaciones de nuestro tiempo. Un igual dinamismo, formado por elementos similares, nos empuja hoy a encarnar el carisma vicenciano en un nuevo contexto histórico y a responder con formas nuevas a las necesidades urgentes de los pobres”*³⁶.

Todos sabemos que una labor de esa envergadura supone unas predisposiciones de las que no podemos prescindir: rectitud de intención, espíritu de oración, discernimiento profundo, estudio serio, sentido común, sintonía eclesial, amor a la Congregación, diálogo respetuoso, trabajo persistente, firmeza en los fines, flexibilidad en los medios, etc. Además, hay que combatir a algunas tendencias insidiosas que ponen en riesgo el proceso de revitalización identitaria, minando sus fundamentos y estrechando sus horizontes. A título de ilustración, tipificamos doce:

1. el *reduccionismo ideológico* que consiste en aferrarse previa y estratégicamente a ideas, conveniencias o intereses parciales, sin tener en cuenta los principios que

³⁵ Carta del Papa Juan Pablo II al Superior General de la CM. 12 de mayo de 1981.

³⁶ *Instrucción sobre la estabilidad, castidad, pobreza y obediencia en la CM*. Roma: Cúria General, 1996, pp. 11-12.

vertebran la identidad y sin dejarse interpelar por las circunstancias (los *signos de los tiempos*) y las necesidades (de los pobres, de la Iglesia, de la Congregación...);

2. la *nostalgia del pasado*, de sus logros y glorias, como si se pudiera transportar de allá, sin más, las respuestas que hay que dar a los concretos desafíos de hoy, con el riesgo de caer en la involución;
3. el *afán de las novedades*, sin preocuparse por robustecerse con la savia que proviene de las raíces y dando por descontado lo que todavía no fue asimilado (aunque haya sido muy discutido), con el peligro de perder de vista los fundamentos y de cambiar solo por cambiar (lo que no implica necesariamente una mejora);
4. la tentación de *bajar el listón*, de nivelar por abajo, renunciando al ideal evangélico-vicenciano, amenguando las exigencias del carisma, contentándose con los mínimos requeridos, acomodándose a lo ya conquistado y dispensándose de esfuerzos más exigentes e iniciativas más audaces;
5. el *optimismo hueco*, que oculta la realidad, contemporiza incoherencias, camufla omisiones, no alienta la conversión, no hace caso de la fidelidad y no reconoce lo que tiene que cambiar (asumir para redimir);
6. el *pesimismo destructivo*, que roba la esperanza, oscurece la alegría, cierra las posibilidades y solapa la creatividad que anda de la mano con la fidelidad;
7. la *ausencia de una justa escala de valores*, que no distingue entre lo esencial y lo accidental, lo central y lo periférico, lo primordial y lo secundario, como si todo tuviera la misma importancia y la misma urgencia;
8. el *intelectualismo*, que no sale del plan de las ideas, diluyéndose en abstracciones de poca o ninguna incidencia, sin aterrizar en lo concreto y sin dejarse interpelar por las situaciones;
9. el *legalismo*, que absolutiza las normas, no se abre a los procesos y no se dispone a revisiones, mostrándose proclive al inmovilismo;
10. el *subjetivismo*, que se restringe a los sentimientos y reacciones primarios, se instala en los apegos y no se lanza hacia nuevos desafíos, condicionando las exigencias de la vocación a las demandas individuales o a las comodidades;
11. el *praxismo*, que minusvalora el discernimiento y la reflexión, pudiendo así enmascarar el vacío espiritual, encubrir deficiencias no subsanadas y degenerar en compulsión o en activismo desprovisto de finalidad y transcendencia;
12. el *pelagianismo*, que no tiene en cuenta el hecho de que la revitalización de la identidad de la CM no se reduce a racionios, planes y estrategias, sino que conlleva un acto de fe, debiendo ser acompañada y dinamizada por la entrega orante de nuestros esfuerzos a aquel que es el autor y consumidor de nuestra vocación misionera.

Otro documento de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica resume lo que representan tentaciones como estas para una Comunidad que desea ponerse al día con su identidad:

“Todo sistema estabilizado tiende a resistir al cambio y hace lo posible para mantener su posición, ocultando a veces incongruencias, otras veces aceptando acercar pobremente lo viejo y lo nuevo, o negando la realidad y las fricciones en nombre de una concordia que es ficticia, o hasta disimulando los propios fines

*con ajustes superficiales. Lamentablemente, no faltan ejemplos en los que se encuentra una adhesión puramente formal, sin la necesaria conversión del corazón*³⁷.

Conclusión

La arriesgada travesía de la pandemia del coronavirus nos hizo, al menos en parte, detener el ritmo frenético y convulso de la vida ordinaria y nos interpeló a pasar de una mirada somera a una consideración más honda de la existencia, de su sentido, de su valor, de sus relaciones. Nos instó, por lo tanto, a *pasar de la dispersión a la profundidad*. Aquí descubrimos un reto para nosotros, miembros de la CM, en el esfuerzo continuo de revitalizar nuestra identidad, en medio de una cultura líquida y light que se aparca en la superficialidad, la provisoriedad y la agitación³⁸. Se trata de hacer de la *profundidad* la clave de este proceso. Eso requiere cimentar nuestras convicciones, cualificar nuestras vivencias e impulsar nuestro testimonio en todas las dimensiones que conforman la identidad vicenciana. Profundidad que se manifiesta en una humanidad madura, en una afectividad equilibrada, en una espiritualidad consistente, en una formación sólida, en una entrega misionera generosa, en una convivencia verdaderamente fraterna, en el esfuerzo continuo de ajustarnos, libre y alegremente, a las exigencias del proyecto de vida que abrazamos para seguir a Jesucristo evangelizador de los pobres, en las huellas de San Vicente de Paúl. Y estamos seguros de que las resonancias de ese empeño iluminado por la fe se expanden, como en círculos concéntricos, desde la vida de cada Misionero y de cada Comunidad hasta las estructuras de cada Provincia y de toda la Congregación. Esperamos, pues, que la 43 Asamblea General nos comunique un nuevo impulso en esa dirección, mientras caminamos hacia el quinto centenario de la CM.

³⁷ *A vino nuevo, odres nuevos*. La Vida Consagrada desde el Concilio Vaticano II. Retos aún abiertos. Orientaciones (2017), n. 11.

³⁸ En la inauguración del curso 2011-2012 de la Universidad de Deusto, así se expresó el recién-fallecido P. Adolfo Nicolás (1936-2020), prepósito general de la Compañía de Jesús: *“Hoy la sabiduría no es moneda común en nuestros mercados. En realidad, no lo ha sido nunca. Por primera vez tenemos más información que capacidad para digerirla y procesarla. Lo que se vende no es sabiduría sino superficialidad: soluciones inmediatas, explicaciones prefabricadas, culturas de usar y tirar, gracia barata... A pesar de ello, el ser humano tiende incansablemente al ideal de la sabiduría”* (Citado en la Revista anual de la Universidad de Deusto: *Deusto*, n. 143, 2002, p. 47).